

lo designa bajo el difuso nombre de "concatenacion de los hechos homogéneos;" á todas las verdades capaces de ser demostradas por la simple observacion ó experiencia, "relatividades;" á las consecuencias rectamente deducidas de principios inconcusos, los "absolutos;" finalmente, á todo lo que él asevera "positivismo" y á todo lo que ignora ó niega, "hipótesis."

Ya con esta ligera clave de la logomaquia positivista, es ménos difícil darse cuenta de lo que constituye este extravagante sistema filosófico, ó más bien dicho, este desvarío engendrado por la ignorancia y la soberbia humanas. Desgarrado el disfraz con que se presenta en el tablado de la "alta y nueva ciencia," aparece el esqueleto en toda su deformidad. Obligarle á que hable claro es condenarlo al mutismo; todo su secreto consiste en su terminología rebuscada y anfibológica, y estrecharlo á que hable el lenguaje comun de los simples mortales, es lo mismo que bajar de su trípode á la sibila y arrancarle la lengua.

Sin atender á sus nebulosidades y sombras ni prestar oídos á sus cráculos y enigmas, ántes que todo es preciso decir de dónde viene y en lo que consiste ese Positivismo, tan fecundo en producir sábios infecundos, y genios tan capaces de negarlo todo como impotentes para crear ó descubrir algo nuevo en los órdenes científico, moral y social.

## II.

El Positivismo no es viejo; tiene como cuarenta y tantos años de existencia. Se cree generalmente que nació en el periodo de la última revolucion francesa de 1848; respecto de su nacionalidad no todos están conformes, pues unos lo tienen como engendrado de la cavilosidad tudésca, otros de la excentricidad inglesa, y los más por hijo de la futilidad francesa. Su fundador, ó al ménos uno de sus principales brahaminos, fué un desgraciado francés que había perdido el juicio.

De Francia pasó el Positivismo á Alemania é Inglaterra, donde tuvo el sistema algunos adeptos, aunque pocos en nú-

mero, y no de gran peso por su fama literaria. El más notable de sus defensores fué un judío francés que murió arrepentido y renegado de él. Apogeo, como otros errores y herejías, no lo ha tenido el Positivismo, porque nació con muerte, y apenas unos veinticinco años tuvo una especie de eflorescencia enfermiza y mefítica, para morir por los años de 1860 á 1870, sin dejar otra progénie que unos cuantos sábios quejosos de no haber sido comprendidos por sus coetáneos. Cuando agonizaba en Francia, fué trasplantado á México para su cultivo y propagacion en la Escuela Preparatoria, más que con el carácter de teoría filosófica, con el de secreto raro para forjar sus estudios, sus trabajos y su talento, rápidas reputaciones de sábios.

El Positivismo, que casi ha muerto ya en Europa, aún se agita en México, no se sabe si con vagidos de recién nacido ó con estertores de moribundo. Los más delicados afanes y los más tenaces esfuerzos, no han podido darle secuaces, y parece encomendar ya á la presion ya á la fuerza lo que en quince ó más años no ha podido conseguir por la persuasion y la elocuencia. Para su propagacion en México le estorbará siempre un anacronismo abrumador: en calidad de herejía tiene un retardo de cerca de veinte años, y como decoracion de mejora progresista, es ya un cadáver lo que yace en su furgon. Siéntale mal hablar del futuro y encomendar todas sus esperanzas al porvenir desde una sepultura y trascendiendo á muerto.

Esta es, en breves palabras y verdaderos hechos, la corta y triste historia del Positivismo. México, y especialmente su juventud estudiosa, poco deben agradecer que como amuleto para abrir las puertas del encantado alcázar de la "ciencia nueva" se pretenda darles los restos de ese cadáver.

## III.

La fé es gracia porque no es simplemente una conviccion humana, sino una luz sobrenatural que nos hace creer; por eso es que se llama virtud teologal, porque

viene de Dios. La mejor demostracion de la necesidad de ella es que todos los que la abandonan se hunden en un abismo sin fondo de absurdos, negaciones, deméncias y contradicciones.

Abandonado á sí mismo el limitado saber humano, no hay insensatez que no proclame, absurdo que no sostenga ni demencia que no llegue á erigir en sistema filosófico ó teoría científica. Por multiplicados que sean, por incontables que se supongan, como en todo es limitada la naturaleza humana, sus errores y desvaríos se engastan en una de las cuatro grandes categorías del error sistemado, que son el materialismo, el naturalismo, el panteísmo y el ateísmo. El materialismo, que sostiene que no hay más que materia, se encuentra con que ésta no es eterna, independiente, inteligente y libre: el naturalismo, que para no adorar á Dios lo quiere suplantar con una palabra que por sí nada significa, se halla en el fondo con que si Naturaleza no quiere decir Dios, tiene que ser la nada: el panteísmo, al proclamar que todo es Dios, en último término tendría que admitir que las creaturas son eternas y que forman un infinito perfecto, lleno de contradicciones é imperfecciones á fuerza de sumar para formarlos entes finitos: el ateísmo, en fin, que es la suprema de las negaciones y la más horrible de las blasfemias, tiene que aceptar como su última consecuencia la nada absoluta y eterna. Son, pues, tan absurdos y falsos, como blasfemos, estos cuatro grandes sistemas de error, incesantemente refutados por la humanidad entera; pero al ménos son errores inteligibles porque no son implicantes y contradictorios con ellos mismos, como lo es el Positivismo.

Lo que hace al Positivismo más irritante y antipático, es que á pesar de todas sus jactancias y fatuidades, no es una novedad, ni un sistema, ni siquiera una teoría, sino una amalgama estrafalaria de negaciones tomadas de los otros cuatro sistemas de error, al capricho de un demente, sin cohesion entre sí, pariendo de supuestos tan absurdos como

gratuitos, caminando de contradiccion en contradiccion y sin llegar, aunque falsa, á ninguna conclusion siquiera lógica. Los positivistas no llegaron á saber ellos mismos á punto fijo en lo que consistía su programa, hasta que el R. P. Félix, de la Compañía de Jesus, tuvo que compaginarlo, para refutarlo una vez por todas, haciendo ver en qué consistía. Como todo el secreto del positivismo consiste en ocultarse en el fondo de muchas frases ininteligibles, huecas y altisonantes, no hay que disputar con él en su propio lenguaje, porque no habría medio de ser entendido, obstinándose en desenmarañar lo que quiere decir con "estados mentales de la humanidad," "inmanencias," "evoluciones," "concatenaciones," "biologías," "sociologías," "relatividades," y "altruismos;" sino refutarlo, por el contrario, quitándole oropeles y traduciendo al lenguaje comun y al estilo simple y llano las insensateces ó blasfemias que forman las bases fundamentales de su programa.

Cuatro son las bases fundamentales y principios cardinales de toda la negacion positivista; no decimos sistema, porque no lo es; ni programa siquiera, porque tampoco lo tiene positivo, sino negativo. Lo primero que proclama el Positivismo es que: "No existe lo absoluto," lo que traducido al lenguaje comun quiere decir: "No hay Dios." Su segundo principio es, que: "El alma es el resultado de las funciones del cerebro y la médula espinal," lo que en estilo más claro equivale á decir: "No tenemos alma espiritual, inteligente y libre." Su tercer gran principio es: "Que todos los seres vivientes no estamos sujetos más que á los dos instintos del egoísmo y del altruismo," ó lo que es lo mismo, que: "No hay bien ni mal que esencialmente se diferencian, ni recompensas y castigos eternos, ni moral alguna por tanto." El último de sus axiomas es: que "no podemos tener certeza los humanos, sino de los hechos y solo de los hechos," ó lo que es lo mismo: "que no hay más testimonio de verdad que la relacion de los sentidos, ni pueden ser objeto de cer-

tidumbre más que los hechos que caen bajo su dominio.

Escarbando en la hojarasca con que se cubre, estas son las cuatro supremas negaciones que constituyen el fondo del Positivismo:

Hay errores que no pueden darse á conocer sin suicidarse: su monstruosidad es tal, que ella misma es su mejor refutación. El Positivismo en su carácter de objeción ó argumento contra la verdad, se contesta con decir que es un torpe y perenne sofisma, una incesante "petición de principios" que consiste en dar por demostrado lo mismo que debería probarse. Como sistema carece de toda base seria, porque sus negaciones son enteramente gratuitas, porque sin cesar se contradice en sus aserciones y porque al marcar los hechos como único criterio de verdad, comienzan por desconocer los hechos más universales, constantes y patentes.

Al proclamar el Positivismo que no hay Dios, alma, moral, ni certidumbre, le grita á la humanidad entera: cuanto has creído por siglos y en toda la redondez de la tierra, es una quimera: toda tu ciencia ha sido una alucinación y todos los dogmas en que has creído, una impostura; solo son absolutos los absurdos que yo proclamo, y no hay otra sabiduría que la que yo atesoro. No había ejemplo en la historia del error humano, de temeridad más insensata, ni de jactancia más demente: Ha llevado sus negaciones hasta las últimas fronteras de la procacidad.

Si no causara tan grande escándalo y tantos males, bastaría abandonar al Positivismo á su propia absurdidad. Más siendo un deber atar á ese demente, para que no siga extraviando inteligencias y corrompiendo corazones, el mejor medio de refutarlo, es demostrarle las verdades que niega: probarle que hay luz, aunque él se obstina en cerrar los ojos para poder negarla. Y no se salva refugiándose á su postrer reducto de una humildad fingida, diciendo que nada niega, que se abstiene tan solo de afirmar que haya Dios y alma, porque á la limitada inteligencia humana nada se le alcanza de ideas tan

elevadas y sutiles. Nó se trata de que lo finito comprenda lo infinito en todo su ser, sino de que confiese la irradiación de su existencia, alumbrando todas las inteligencias. Mayor blasfemia es negar fría y sistemáticamente la verdad conocida, que desconocerla en un momento de obcecación y de tinieblas.

Con el Positivismo, solo un género de polémica puede ser decoroso, conducente y fecundo: demostrarle las proposiciones exactamente contradictorias á las que él asienta, á veces de una manera clara y en otras hipocritamente; pero siempre como fundamento único de sus divagaciones.

#### IV.

"Soy el que soy," dijo el Señor de sí "mismo," y esta es la única definición que puede darse del "Ser Supremo." Lo infinito en todo género de perfecciones es Dios, á cuyo santo nombre los cielos, los mundos y los infiernos se estremecen; toda la creación palpita; los siglos se precipitan á torrentes para hundirse en el abismo insondable de la eternidad; el espacio se repliega para perderse en la inmensidad; se inclinan sumisas todas las voluntades finitas anonadadas; se postran todas las inteligencias creadas. ¡Señor Omnipotente, cuán infinito debe ser tu amor para permitirle, perdonarle al átomo imperceptible que, irguiéndose con el ser mismo que tu bondad le dió, te grite desde el abismo de su miseria, que él es y que Tú no eres! Perdonanos, Señor, la dolorosa necesidad de demostrar tu existencia.

La existencia de Dios es una verdad que alumbrá toda la Creación entera, que irradia más esplendorosa que juntas las luces de los soles de todos los firmamentos. Son incontables las pruebas de la existencia de Dios, tanto del orden metafísico, como del físico y moral. Tenemos idea del Ser Infinito: esta idea no puede venirnos de nosotros mismos, ni de ningún otro ser finito, porque ninguno dá lo que no tiene, ni de la gota puede seguir el mar. Si la tenemos y no puede venir más que del Ser Infinito, ese Ser existe.

(Continuará.)

# COLECCION

DE

## Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 4.

Guadalajara, Noviembre 22 de 1885.

NUM. 70.

### SECCION I.

#### DISPOSICIONES GENERALES DE LA IGLESIA.

#### CIRCULAR.

Acabamos de recibir de Roma un decreto que, traducido al castellano, dice así:

#### DECRETO URBI ET ORBIS.

Entre los muchísimos actos de vigilancia pastoral, con que nuestro Santísimo Padre el Papa Leon XIII ha procurado solícito desde el principio de su Pontificado restablecer con el auxilio divino la deseada paz y tranquilidad para la Iglesia y la sociedad entera, brilla como la luz del mediodía la Encíclica *Supremi Apostolatus*, del 1.º de Setiembre de 1883, sobre el modo de solemnizar en todo el mes de Octubre del mismo año el Sacratísimo Rosario de María, gloriosa Madre de Dios, que fué instituido principalmente por especial Providencia del mismo Dios para obtener con eficacia la poderosísima protección de la Reina del Cielo contra los enemigos del nombre cristiano; para defender la integridad de la fé en el rebaño del Señor y para apartar del camino de la perdición eterna á las almas redimidas con la sangre de Jesucristo Nuestro Señor. Los superabundantes frutos de piedad cristiana y confianza filial en el celestial patrocinio de la Virgen María, obtenidos durante aquel mes en todo el

orbe católico por medio de este tan saludable ejercicio, así como las calamidades que todavía nos cercan ó asedian, movieron á Su Santidad á publicar el 30 de Agosto del siguiente año de 1884, otras nuevas Letras Apostólicas (*Superiore anno*) en las cuales hacía las mismas exhortaciones y encargos con el fin de consagrar el propio mes de Octubre con igual solemnidad, fervor y piedad á honra de la Bienaventurada Virgen del Rosario, supuesto que la perseverancia en lo comenzado es el principal fruto de una buena obra, así como una prenda segura de que habremos de alcanzar la victoria. Fundándose en esto nuestro Santísimo Padre, y viendo por una parte que todavía nos agitan males sin cuento; pero que por otra está arraigada y florece en el pueblo cristiano aquella fé, que dá frutos, animada por la caridad, juntamente con la veneración y confianza ilimitada en la afectuosísima Madre de Dios, con tanto más empeño y fervor quiere ahora que todos los católicos del orbe perseveren unánimes en la oración, en compañía de María Madre de Jesús, supuesto que abriga una esperanza cierta de que Aquella que sola destruyó en el mundo entero todas las heregías, ha de aplacar la ira vengadora de la Justicia Divina, procurándonos el bienestar y la paz, con tal que nosotros hagamos de nuestra parte frutos dignos de penitencia.

Por lo tanto, ha mandado y decretado Su Santidad que se haga en este año y en los siguientes, todo lo que ordenó se hiciera en los dos años pasados, en el mes